

## Un trozo de meteoro

—Y ahí estaba yo, se lo juro, a menos de un metro del jaguar —decía Rodrigo vehemente, subido en una cama, con las rodillas semidobladas, los brazos extendidos, la mirada fija en un punto lejano.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Pato, acostado en la otra cama, con los brazos doblados atrás de la cabeza, dejando su panza peligrosamente expuesta—. ¿Le disparaste?

—No, Pato, ¡no seas burro! —exclamó Rodrigo saltando a la otra cama y clavando un puño en el abdomen de Pato—. En la reserva de Calakmul está prohibido dispararles a los animales.

Pato se retorció de risa, incapaz de defenderse. Inmediatamente, Julio y Pedro saltaron sobre Rodrigo y pronto los cuatro eran una maraña de cosquillas, gritos, risas ahogadas y golpes de juego.

—¡Ya! —dijo Pato con voz apenas audible, tratando de zafarse—. ¡Nada más quiero saber qué hiciste!

Uno a uno se fueron levantando, jadeando por la risa, y se sentaron en las camas.

—No hice nada —explicó Rodrigo—. Me quedé totalmente quieto. Había un compañero cerca de mí, que llevaba un rifle con sedantes. En caso de extrema necesidad podemos usarlo, pero no fue necesario. El jaguar estaba muy apacible y ni caso me hizo. Retrocedí lentamente sobre mis pasos y, eso sí, nos alejamos de ahí.

—¡Guau! —exclamó Julio—. ¿No sentiste miedo?

—Mmm... —dijo Rodrigo pensativo—. Un poco, sí. Creo que sentí más miedo después, cuando estábamos lejos del jaguar. Me di cuenta de que lo vi muy de cerca, y eso me hizo sentir bastante ansia.

En eso, la puerta del cuarto se abrió. Emi, la hermana de Pedro y Julio, asomó su cara pecosa y bonita. Echó una ojeada al cuarto y en seguida frunció la nariz con disgusto.

—Este cuarto huele a humanidad, como siempre —comentó, y dirigiéndose al primo le dijo con tonito mandón—: Rodri, mi abuelita ya se quiere ir.

En ese momento abuelita Chepi, una mujer un poco gordita, de pelo cano y ojos sonrientes, entró al cuarto y se sentó en una silla. Se veía cansada. En cuanto la abuelita se sentó, Julio se puso junto a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Este fin de semana los espero a todos en Tepoztlán desde el viernes —dijo la abuelita.

—¿Desde el viernes? ¡Qué buena onda! —exclamó Julio.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó Pato.

—¡No! —contestó tajante Emi—. No cabes en el coche.

—¡Claro que quepo! —se quejó Pato—. ¡Estoy bien flaco!

—¡Pato cabe! —dijo Julio.

—¡Claro que Pato cabe! —intervino el papá de Julio, asomándose repentinamente por la puerta.

—Entonces también puede venir mi amiga Gaby —aventuró Emi.

—Ésa sí no cabe —gritó su mamá desde otro cuarto.

—¡Ay, mamá! —dijo Emi enojada.

—¡Bueno! —dijo Chepi, poniéndose de pie—. Se hace tarde. Rodrigo, ¿le puedes poner el techito a tu Jeep?

—¿Cómo crees, Chepi? —replicó Rodrigo—. ¡No puedo hacerle eso a mi gato salvaje!

—Ándale, Rodrigo —gritó la mamá de Julio, ahora desde la cocina—. Mi mamá ya no está para andarse aireando en la carretera. Ponle el techo a tu coche ese.

Uno a uno, todos fueron saliendo del cuarto. Al final sólo quedaban Rodrigo, Pato y Julio.

—Bueno, Juliete, yo me voy a Campeche mañana —dijo Rodrigo mientras le daba un fuerte abrazo a su primo—. Regreso en dos meses.

Tomó su mochila y dio varios pasos hacia la puerta. De pronto se detuvo, poniéndose el dedo índice en la frente.

—Se me está olvidando algo, lo sé... —dijo, tratando de recordar—. ¡Ah! ¡Ya sé! Tengo una piedra nueva para ti, Julio.

Mientras hablaba, Rodrigo había abierto su mochila y buscaba algo en el interior, revolviendo todo.

—A ver, a ver... por aquí tiene que estar... ¡Aquí está! —exclamó, al tiempo que sacaba una piedra bastante extraña de su mochila y se la mostraba a Julio y a Pato—. ¡Miren nada más!

Rodrigo tenía en la mano una pequeña piedra verde oscuro, opaca, con unos picos irregulares por todos lados, como si estuviera hecha con escamas de pescado de diferentes tamaños.

—¡Mírenla a la luz! —exclamó Rodrigo, llevando la piedra a la ventana, para que le dieran los últimos rayos del sol de la tarde. Cuando le daba la luz, la piedra se veía traslúcida. Julio alargó una mano para tocarla, pero en cuanto lo hizo sintió una descarga de calor y brincó hacia atrás, agitando la mano como si se hubiera quemado.

—¿Qué te pasó? —preguntó Rodrigo.

—¡Me dio un toque... o algo así! —contestó Julio, poniéndose los dedos en los labios.

—¡A ver! —dijo Rodrigo.

Julio mostró la mano y todas las yemas de sus dedos tenían ampollas infladas y enrojecidas, como cuando se quemó con la olla del agua.

—¡Chale, Julio! —dijo Pato sorprendido—. Te puso una quemada de la puritita tuna.

—¡Lo veo y no lo creo! —exclamó Rodrigo muy excitado.

—¿Qué es lo que no crees? Esa... cosa me quemó —dijo Julio algo molesto.

—¡Trátala con respeto! —exclamó Rodrigo—. Esto quiere decir que tú eres su verdadero dueño. ¿Sabes qué es esta piedra? Es una moldavita. En realidad es un fragmento de meteorito.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Pato, viendo con incrédula fascinación la quemadura de Julio.

—Me lo regaló un amigo yogui que trabajó en la reserva. Él hace mucha meditación, tiene varias piedras y dice que pueden tener un efecto sobre su dueño. Ya ves que hay gente que trae colgando un cuarzo y cosas así. Dicen que las moldavitas ayudan a encontrar el buen camino; él sintió que yo andaba medio perdido, por eso me la regaló. Yo no creo para nada en esas cosas, pero me acordé de ti, que te gustan las piedras, por eso te la traje. La cosa es que mi cuate me contó que las moldavitas “escogen” a sus dueños y que cuando las toca alguien sensible a su poder pueden causar una quemada. ¿Quieres que te diga la verdad? No le creí ni papa, pero ahorita...

—¿Cómo que tienen poder? —quiso saber Julio.

—No sé... eso sí no sé. Pero me dijo que está científicamente comprobado que la frecuencia vibratoria de las

moldavitas es muy superior a la de cualquier piedra terrestre.

—¡Qué chido! —exclamó Pato abriendo los ojos.

—Bueno... pues gracias —dijo Julio torciendo la boca, adolorido por la quemadura.

—Tenla —le dijo Rodrigo, extendiendo la mano hacia Julio.

—Ponla en el buró —pidió Julio.

—Si quiere que seas su dueño, no te quemará otra vez, ¿no crees? —dijo Rodrigo.

Julio tocó la piedra con un dedo, después con dos, y no sintió nada, así que se animó a ponerla en su mano buena.

—¡Rodrigo! —se oyó un grito estridente de la mamá de Julio, ahora desde la puerta de entrada—. ¡Ya se está haciendo de noche! ¡Van a carretera, ya váyanse!

Rodrigo pegó un brinco hasta la puerta del cuarto y ahí se dio vuelta una vez más.

—¡Adiós! ¡Ponte pomada! —dijo, levantando el pulgar de la mano derecha. Julio y Pato se quedaron ahí parados, sorprendidos por lo que había pasado.

—¿Les vas a contar a tus jefes? —preguntó Pato.

—¿Cómo crees? Van a decir que estoy loco. Me voy a poner pomada y me voy a hacer el que no pasó nada. Lo malo es que fue la derecha.

—¡Eso! —exclamó Pato—. ¿Cómo le vas a hacer mañana en la escuela?

—A ver... —dijo Julio mirando su mano quemada.

—¡Bueno, mi buen!, yo ya me voy... ba-bay-baygón.

—¡Sale! Te veo mañana —dijo Julio distraído, mientras metía mecánicamente la piedra en el bolsillo de su pantalón y se dirigía al botiquín del baño a buscar una pomada.

Esa noche, después de cenar, Julio se acostó en su cama. Pedro tenía la computadora prendida y estaba terminando un trabajo de la escuela. De pronto, Julio se acordó de su quemadura y se miró la mano derecha. Aún se veían las ampollas rojas, pero estaban desinflamadas y ya no le dolían. Cuando se quemó con la olla del agua, el dolor le había durado dos días. Recordó que la piedra estaba en el bolsillo de su pantalón y la sacó para verla otra vez. En cuanto metió la mano en el bolsillo, sintió que la piedra y su mismo pantalón estaban tibios. Metió la mano en el otro bolsillo y notó que estaba frío. “¡Qué piedra tan rara!”, pensó, mientras la miraba con atención. Después la guardó con el resto de su colección de piedras en una vitrina alta y delgada que colgaba de la pared y que tenía muchas repisas pequeñas. Ahí tenía piezas de ojo de tigre, ágata amarilla, oro de tontos, amatista, piedra volcánica del Paricutín, ópalo, obsidiana, cuarzo, malaquita, cristal de roca y calcedonia. Algunas las había comprado; otras se las habían regalado, pero la más grande —y de la que se sentía más orgulloso— era un cristal de roca que encontró en una caverna a la que habían ido con Rodrigo el año anterior. Era del tamaño de medio huevo y se veían

dentro de ella capas de diversos colores. Buscó un buen lugar para la moldavita y la puso ahí. Cerró la puerta de la vitrina, se puso la pijama, le dio las buenas noches a Pedro y se acostó.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó una voz profunda y tranquila que le decía:

—Julio... Así que te llamas Julio...

Julio abrió los ojos y volteó a ver a Pedro, que estaba absorto tecleando en la computadora.

—¿Tú me hablaste? —le preguntó.

—¿Mmm? —contestó Pedro distraído, sin despegar los ojos de la pantalla—. No, no, para nada...

Julio volvió a acostarse. Se sentía un poco desconcertado. Estaba segurísimo de haber oído una voz diciéndole que se llamaba Julio. “A lo mejor lo soñé”, pensó. Se acomodó otra vez para dormir, y cuando ya estaba casi dormido, oyó la misma voz muy cerca de su oído derecho...

—Nunca me había tocado alguien de tu edad... —dijo la voz.

Julio se sentó de un brinco y miró enojado a su hermano.

—¡Sí eres tú! ¡Me estás hablando aquí cerca! —le dijo, tocándose la oreja derecha.

—¿Qué te pica? —exclamó Pedro, esta vez viéndolo a los ojos—. ¡Estoy muy ocupado! Tengo que entregar esto mañana. Ya duérmete y no me interrumpas, ¿quieres?

—¡Ya no quiero que nadie me hable! —dijo enojado—. ¡Quiero dormir!

Julio se puso la almohada sobre la oreja, la apretó lo más fuerte que pudo, y después de un rato se quedó dormido.